

ACRA.—DAHOMÉY.



Vendedora de palomas.

SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 25

El 19 de diciembre (1859) á las siete de la tarde, salimos de Cabo-Costa con direccion á Acra, á donde arribamos al día siguiente á las cinco de la mañana, salvando por consiguiente en este tiempo las veinte leguas que median entre uno y otro punto.

Toda esta parte de la Costa de Oro está ocupada alternativamente por fortalezas inglesas y holandesas. Acra viene á ser tres pueblos con un fuerte cada uno, colocados á la orilla de una gran bahía, perteneciendo el del Norte á los ingleses, el del centro á los holandeses y á los dinamarqueses el del Sur, distando el primero del último tres cuartos de legua.

Llevaba una carta del cónsul de España en Sierra-Leona, para el vice-cónsul español de Acra, y fui con él á visitar al gobernador inglés, el que me convidó á comer para las cinco de la tarde, y me dió además su coche para que fuese al fuerte de los holandeses.

Me acompañó el cónsul de Lagos para servirme de intérprete por ignorar yo completamente el idioma holandés. El viaje lo verificamos en el coche del gobernador, una victoria tan elegante como las que pueden presentarse en los paseos del Prado y Fuente Castellana de Madrid, tirada por ocho vigorosos negros, los que en menos de media hora atravesaron los tres cuartos de legua que median entre el fuerte inglés y el holandés.

Allí no se conoce ninguna clase de caballerías, y aquel trabajo, que á mí al pronto me parecía tan repugnante, era para los negros tan sencillo como el de cualquiera de nuestros jornaleros.

El gobernador holandés era un joven, cuyo padre había muerto el año anterior en una cacería de tigres. Sería un hombre como de unos treinta años, pero el reuma le tenía postrado en una butaca casi siempre, y no hablaba inglés ni francés. Era oscuro y de poco trato, y pasaba la vida con dos mujeres negras de una hermosura especial, según decían en el país, aunque á mí me parecieron estremadamente feas.

La población se compone de unas cien casas, ó mas bien chozas, con el fuerte, dos factorías inglesas, una holandesa y otra catalana, que en mi concepto, es la que mas negocios hace en marfil, oro, goma y aceite de palma.

El tipo con que encabezamos este artículo representa una mujer de Acra vendedora de palomas azules, tomado de mi álbum de fotografías.

Después de haber comido con el gobernador, regresé al vapor, el que á las ocho de la noche continuó su marcha en medio de un calor sofocante y sobre una mar tranquila y alumbrada por los rayos de la luna que comenzaba á rielar en las aguas.

El día 21 descubrimos la costa y los dominios del famoso rey de Dahomey, el mas rico y poderoso de la costa.

Hicieron señal al buque para que se aproximase, pero el capitán se negó resueltamente á ello.

Preguntándole nosotros la causa, nos refirió curiosos pormenores de aquel país, en donde envueltos sus habitantes en la mas inmundicia idolatría, adoran á los tiburones, á las serpientes, y usan en su culto los sacrificios humanos con todas las condiciones mas horribles. Esa sed de sangre del monarca y del pueblo, procede de su deseo de venganza de los enemigos que caen en su poder en legítima guerra, y para adorar sus ídolos y apaciguar los irritados manes de los que mueren en las batallas. El rey de Dahomey es un monarca absoluto, pero el hombre mas cruel de

cuantos existen en el mundo; á la barbarie de Neron reúne la mas baja estupidez.

El rey de Dahomey puede á su arbitrio disponer de la persona y de los bienes de sus súbditos; puede venderlos ó matarlos, dos derechos de que usa amplia y largamente, sobre todo del primero. Todos los negocios los abandona á sus ministros, que están en una galería semejante á cuadra de su palacio, ó mas bien de su gran choza, para instruirle de lo que pasa y recibir sus órdenes.

No se llegan á él sino arrastrándose por la tierra y jamás le presentan el rostro, si no es al separarse, lo que hacen retrocediendo, pero entonces el rey les ha vuelto ya la espalda para meterse en el interior de su palacio.

El rey no permite que á ninguno de sus vasallos lo lleven en hamaca; él solo tiene este privilegio.

Es preciso ser á lo menos capitán de guerra para tener el derecho de usar un quitasol.

El rey da un mulo á cada uno de los oficiales constituidos en dignidad, que montan en él en las ceremonias.

El traje de corte es una especie de sobrepelliz sin mangas, y no se pueden presentar al rey sino con esta clase de vestido.

El traje de guerra es el mismo; el rey lo suministra á los oficiales; los soldados se visten como pueden.

Tiene alrededor de su persona una guardia de mujeres armadas, y ellas son las que transmiten y ejecutan sus órdenes.

Cuentan que un día, por el solo capricho de tener el gusto de ver flotar en sangre su canoa, mandó hacer un estanque á sus súbditos; colocar dentro la canoa real, y tuvo la cruel tranquilidad y calma de esperar que cuatro mil prisioneros del interior, con los que está casi siempre en continua guerra, fuesen degollados en las orillas del estanque. Cinco horas se tardó en esta bárbara y cruel operacion, y esperó fumando en su pipa sentado en la canoa á que se lo-grase hacerla flotar en medio de aquel inmenso lago de cerca de cuatro piés de Sangre humana!

Su ejército se compone de mas de doce mil hombres, y él es el que hace mas en grande el comercio de la venta de esclavos.

La nacion de Dahomey está dividida en tres clases: la milicia de que hemos hablado, varonil y femenil, los mercaderes y los trabajadores.

Las ciudades del reino de Dahomey son bastante grandes; las casas muy esparcidas por un lado y otro, pequeñas; con techos de paja, y entre las casas hay tierras de labor.

Aquellos vasallos contemplan á su rey como una divinidad, y le crean al abrigo del hierro y del fuego.

Nada hay mas bárbaro que las ceremonias que se celebran á la muerte de un rey de Dahomey.

Inmediatamente que se publica su muerte, ocho hombres abren una fosa de doce piés de profundidad sobre siete de largo, y colócase encima una especie de techo, adornado de cintas lo mas preciosas posible y diferentes, sobre el que se coloca un maniqui rodeado de toda clase de telas. Se hace subir sobre un tablado á los ocho hombres que han sido empleados en abrir el sepulcro, y á medida que van subiendo se les va cortando la cabeza, y sus cuerpos se arrojan al campo para servir de pasto á las fieras y aves de rapaña.

Preséntanse después las mujeres en tropel solicitando el honor de ser encerradas en el sepulcro para servir al difunto rey. Se eligen veinte y cuatro de entre ellas, y las

que no son llamadas á esta horrenda ceremonia profieren mil quejas y lamentaciones.

Para confirmar á las infortunadas víctimas de la barbarie en su crédula ignorancia, se tiene cuidado de poner en el interior del sepulcro para el servicio del rey difunto diferentes cantidades de aguardiente, de tabaco, pipas, tres bastones con puño de oro, tres con puño de plata y otros objetos.

Se recomienda á las mujeres que se quieren encerrar en el sepulcro, que tengan gran cuidado de asistir bien al rey, de darle de beber, de fumar y quemar incienso todos los días.

Concluido este discurso, se apresuran las desgraciadas á bajar á porfía al sepulcro.

Hay un uso que pone el colmo á esta bárbara costumbre, y es que estas mujeres deben tener antes las piernas rotas, lo que se ejecuta á martillazos.

Inmediatamente que han bajado se tapia el sepulcro, se cubre de tierra, y durante cinco días se hacen grandes salvas.

En vano los ingleses han procurado con toda su influencia desterrar esta bárbara costumbre; no lo han podido conseguir.

En el Malabar parece que van logrando apagar las funestas piras en que las viudas quieren quemarse con sus maridos.

Después de cierto tiempo se celebra la gran ceremonia de los funerales, á la cual deben acudir los jefes de las factorías y casas de comercio europeas, así como los reyes tributarios, los gobernadores y comandantes del país.

Los europeos están obligados á llevar presentes, que consisten en aguardiente, telas de seda, sombreros y *cauris*, moneda del país.

Los príncipes tributarios están cada uno obligado á presentar cuatro esclavos de ambos sexos, un buey, un carnero, un pichón, dos gansos y veinte y cuatro galones de aceite de palma.

Los gobernadores y comandantes, dan cada uno dos cautivos de ambos sexos, un caballo, dos pichones, doce gansos, una pieza de tela encarnada de seda y una gran cantidad de aceite de palma.

Hombres, caballos, bueyes, carneros, pichones, etc., todo se inmola inmediatamente á los manes del difunto rey, y arrojados al campo sus cadáveres sirven de pasto á los animales.

Los negros de Dahomey son belicosos, guardan entre sí inviolable el secreto, solo piensan en el momento presente, inclinados al robo, no tienen mas miedo que el ser cogidos en fraganti, porque saben que se les castiga vendiéndolos.

Son vengativos, embusteros y tercios; sin embargo, tienen cierto buen fondo.

Es seguro que los europeos son en parte la causa y ocasion de estos vicios en los negros de Africa, siendo mayor la buena fé en las naciones del interior que aun no conocen el tráfico con los mercaderes europeos.

Los de Dahomey son muy hospitalarios con los demás negros; el que nada tiene, entra en casa de su vecino, á cuya mesa se sienta y es bien recibido.

En lo general los negros son sóbrios y si cometen excesos, es cuando beben aguardiente, ese funesto presente que les ha hecho la Europa.

Su barbarie procede de su ignorancia y su superstición, cuidadosamente mantenida por soberanos que se imponen

como dioses ó mas bien como diablos á la credulidad de los pueblos.

Los dahomeyanos, y en general los habitantes de toda esta parte de la Guinea, son mas supersticiosos que los de ningun otro punto del Africa.

Los *fetiches*, que están en gran veneracion en la Costa del Oro, en la de los Esclavos, y en general en casi toda la costa occidental de Africa, son dignos de estudiarse.

La palabra *fetiches*, portuguesa de origen, significa propiamente encanto ó amuleto. Se ignora cuándo comenzaron á usarla los negros; se emplea siempre en un sentido religioso. Todo lo que sirve al honor de la divinidad toma el mismo nombre, y no siempre es fácil distinguir los ídolos de los instrumentos de su culto. El objeto de la veneracion de los negros no tiene forma determinada. Un hueso de un animal, la espina de un pez, una piedra, una pluma, la menor bagatela, toma la cualidad de fetiche, al capricho de cada uno.

Todos los negros llevan siempre consigo uno, ó en sus canoas; el resto lo conservan en sus cabañas, y pasan de padres á hijos, cual una herencia, con un respeto proporcionado á los servicios que la familia cree haber recibido de ellos.

Son los lares, los dioses penates, que la antigua civilizacion de Roma había inventado.

Estos pueblos creen que su *fetiche* ve y habla, y cuando cometen alguna accion de que les reconviene su conciencia, ese sentimiento íntimo que Dios ha puesto en el alma de todo hombre civilizado ó bárbaro, ocultan cuidadosamente su *fetiche* para que no los descubra. Jamás juran en falso por estos ídolos, porque tienen la firme creencia de que el perjurio no sobreviviría una hora á su crimen.

Además de los *fetiches* domésticos y personales, los hay públicos que pasan por los protectores y patronos del país ó de la comarca. Unas veces es una montaña, un árbol, un pescado, un pájaro; lo mas frecuente son los tiburones, y una serpiente mansa de una especie particular que se llama deaboé.

Los negros tienen tanta fé en la virtud de esta serpiente, que cuándo experimentan algun mal, se hacen tocar por ella la parte enferma, persuadidos de que pueden obtener su curacion.

En muchos países de la Guinea se celebra todos los años con gran pompa la fiesta de la serpiente deaboé y de los tiburones.

A las tres de la tarde del día 21 llegamos á la entrada del río Lagos, en donde está situada la poblacion.

Desembarcamos, y después que el rey de Lagos mandó su gran cetro en señal de bienvenida al cónsul inglés de Lagos, que era uno de los viajeros que con nosotros venían en el buque, me hizo el obsequio de convidarme á comer, y después, á las siete me hizo recorrer la poblacion, cuyas casas son como las chozas que tienen los pastores en Europa.

Solo merecian el verdadero nombre de casas la del cónsul inglés y la de los factores holandeses y franceses.

A las ocho de la noche nos retiramos á su casa y dormimos sobre unas hamacas.

En Lagos tiene el rey la atencion de enviar á los viajeros distinguidos que llegan á su costa doncellas negras para su servicio.

Hay una porcion de estas vírgenes negras destinadas para el sacrificio de los tiburones. Repugnante es el modo con que se verifica este sacrificio

Atadas las infelices á un madero, son arrojadas al mar, y como el tiburón despues de dar un bocado se retira á saborearlo, las infelices que no mueren en el acto, cubierta de sangre el agua que las rodea, exhalan dolorosos gritos, que cubre con sus aplausos aquel fanático pueblo.

Al día siguiente, 22, el cónsul, con un pequeño vapor, propiedad del consulado, me hizo recorrer gran parte del río Lagos, llegando á las tres de la tarde á Abiacuta, pueblo todo de negros, y de mas de treinta mil almas.

Salió el rey á recibir al cónsul inglés: este monarca estremadamente feo, empero de formas atléticas, nos hizo entrar en su palacio, que era una choza mas grande que las demás, y cuyas paredes eran de bambú.

Nos ofrecieron en unas copas de cristal, aguardiente, y como yo lo rehusase por no estar acostumbrado á tan fuertes bebidas, que él bebía como agua, noté un marcado gesto de desagrado, y hube de tocar la copa con mis labios.

Comí con el cónsul mi nuevo amigo, en su lindo vaporcito, y volvimos á Lagos, donde despidiéndome del cónsul, volví á bordo del *Ethiope*, y al día siguiente á las tres de la mañana, con muy buen viento y con toda la fuerza de su maquinaria, nos dirigimos á visitar el poderoso reino de Benin cuya capital se halla situada á sesenta leguas del mar.

El reino de Benin está limitado al Oeste por el de Agra, al Sur por el golfo de Guinea y por la comarca del Calabar. Al Este y al Norte, por países cuyos nombres apenas se saben. Está atravesado por un brazo del Níger, cuyos multiplicados ramales forman un gran número de islas, entre las que se hallan algunas flotantes á merced de los vientos y las olas, que las arrojan de un lado al otro con su cintura de arbustos y cañaverales.

Salvo los odiosos sacrificios de sangre humana, que sus reyes y los sacerdotes de los fetiches les imponen, los habitantes de Benin son de los mas civilizados y tratables. Son muy apegados á sus antiguos usos, y muy entendidos en los negocios de comercio. Su año se compone de catorce meses. Cada cinco días hay uno de descanso, y se celebra por ofrendas y sacrificios. La fiesta aniversaria de los muertos se celebra con horribles sacrificios de sangre.

A las cuatro de la mañana del 26, fondeó el vapor en Boni, pequeña poblacion que está situada á la entrada del río de este nombre, compuesta apenas de ocho casas, empero que como situada en la misma entrada, hace un gran comercio de marfil y de aceite de palma, siendo su verdadera poblacion unos treinta buques situados en la entrada del río y cubiertos con un techo de grandes hojas de palma y bambú.

Visitamos algunos de aquellos pontones ingleses, y nos enteramos de lo estenso de su comercio, su aceite y marfil, que truecan por pañuelos de seda y algodón, habiendo buque que esporta al año cuarenta mil arrobas de aceite de palma.

A las cuatro de aquella misma tarde, el *Ethiope* dobló el cabo Formosa, entró en el profundo golfo de Guinea, y el 27 al despertar y subir sobre cubierta, distinguí la isla de Fernando Poó, término de mi viaje, como un inmenso ramo de verdura, en medio de un mar tan sereno y tranquilo, y cuyas olas no rozaban ni aun la mas leve brisa.

Sus elevadas y escarpadas costas presentan el majestuoso aspecto de los bosques vírgenes de la América.

No es dado á la pluma el describir, ni al pincel reproducir, el cuadro admirable de su lozana vegetacion y gigantesca arboleda que la hizo dar el nombre de isla *Formosa*,

que despues ha cambiado por el de su afortunado descubridor navegante portugués Fernando do Poó.

(Fragmentos de un viaje á Fernando Poó).

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

EL ULTIMO DIA DE UN GRAN SOBERANO.

6

AVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO.

CUATRO PALABRAS A MANERA DE PREAMBULO.

En uso de mi autonomia voy á escribir un artículo *comm' il faut*, cual lo reclama el modo de ser y altura de la civilizacion moderna. Mal que le pese al amor propio, debo confesar para conseguir indulgencia, que hasta el presente todos los desmedrados abortos de mi pobre ingenio llevan cierto aire rancio y de otros tiempos que me tiene furiosamente desacreditado entre *les personnes de bon goût*; pero no ha de ser así en lo sucesivo: á mano tengo porción de novelas á cuatro cuartos entrega, palpitantes de actualidad, que me servirán de norma. La ocasion se ofrece como pintada para lucir los conocimientos adquiridos bajo la direccion del famoso maestro Mr. Pierres, de quien fui consecuente discípulo, que enseñaba el francés en quince días sin necesidad de libro alguno. Ea, pues, manos á la labor y busquemos asunto digno de ocupar mi péñola: por ejemplo, una disertacion apologética sobre la filosofia alemana de Krause. ¡Oh, oh! ¿qué digo? esto seria llegar de un salto al pináculo de lo sublime. Pero ¡vana quimera! mis vaporosas elucubraciones se perderian entre las brumas de lo abstracto. ¿Cómo esperar que nadie me entendiera cuando los hierofantes de la ciencia han agotado sus esfuerzos en refutarse mutuamente sin poderse jamás poner de acuerdo? Elegiré mas bien algun episodio histórico. Los siglos XVI y XVII, objeto constante de la critica hidrofóbica que los extranjeros han hecho de nuestros grandes hombres en represalia injusta de las veces que su pié vencedor les oprimió la cerviz, han de prestarme argumento para una de esas virulentas y lacrimosas filípicas (perdónese la cita en lo que tiene de favorable) imitadas con humilde complacencia por multitud de dramaturgos y novelistas españoles: yo seré uno de tantos que tome sitio en la conspiracion permanente con que de algun tiempo á esta parte se trata de falsificar, ya por ignorancia supina ó bien con artera malicia, la gloriosa historia de los pueblos de Iberia. Esto ha de ser: ¡odio sin tregua al venerando recuerdo de cuanto hay grande y respetable en el origen de nuestra nacionalidad! Antonio de Leyva, don Juan de Austria, don Fernando de Toledo, Felipe II, ¡personajes aborrecibles para todos los conjurados en perjuicio de la tierra española, un hijo de aquella patria elevada por vosotros á potencia dominante, os va á poner como ropa de Pascua, ansioso de adquirir renombre de ilustrado, y convencido á la vez de que arrastrando por el lodo la memoria de sus mayores constituirá prueba plena de sangre generosa y nobleza de sentimientos! Animado de iguales ideas, esclama con razon el palurdo don Estéban en la célebre comedia *A Madrid me vuelvo*:—Es

muy animal mi madre.—Pero reflexionemos con madurez. A pesar de las muchas ventajas del proyecto concebido, no deja de ofrecer inconvenientes. Sería necesario consultar autores, comprobar fechas y perder un tiempo precioso mucho mejor empleado en la confección de una novela de costumbres sociales para norma y recreo de la juventud. He aquí el asunto verdadero que me siento llamado á desempeñar: poner en relieve la borrascosa existencia de alguna aventurera; una traviata ó cosa parecida, que muere tísica á consecuencia de sus vicios. ¡Excelente objeto de estudio para que las niñas al dejar los pantalones puedan echarla de veteranas con la comadre mas experimentada! En cuanto al plan y estilo ya se irán desarrollando en el curso de la narración: muchos párrafos cortos, nada de redondear el período dando fluidez al pensamiento, según pésima costumbre de nuestros autores antiguos, frailes y soldados en su mayor parte. Valor, pues, y comencemos en buen hora titulado al libro: *Amores en comandita, ó la emancipada con fiebre.*

La noche estaba oscura.

Y á pesar de eso llovía.

En una de las mansiones mas fashionables del faubourg Saint-Germain, dos jóvenes mujeres están revistando el elegante *trousseau* de una de ellas.

(No va saliendo mal este principio).

—Y bien, mi querida amiga, habló ésta, ¿qué os parece á vos de mi *nouveau* prometido?

—¡Oh! mademoiselle, me parece el muy remarcable entre todas las gentiles gentes que yo he visto desde mi arribo de Mayence al retornar con la armada, y vos no sois que una brava caprichosa.....

—¡Voto á la Real Academia española! exclamé al llegar á este punto levantándome como impulsado por un muelle de acero, que no hay paciencia que resista semejante galimatías. Por Dios que si no me curo de tan pésimo estravio voy á ser el Gerundio de Campazas mas ridículo que puede imaginarse: vuelvo á mis zapatos siguiendo el consejo de Apelles, y ya que no me sea posible dar á mis obras el lucimiento que deseara, sean perversas en hora buena, pero séanlo con su carácter propio y genuino, sin añadirles barbarismos pegadizos que las hagan aun mas deformes y dignas de censura.

Y deseando encontrar materiales acomodados á mi propósito de la enmienda, empecé á revolver viejos papeles hasta topar con un legajo, del cual pendía una etiqueta en que se leía escrito con gruesos caracteres: *Recuerdo de mi abuelo.* Púseme á extraer el mamotreto con el ardor de un recién convertido, añadiendo algunas ligeras noticias aclaratorias, y al cabo de unas cuantas horas sin levantar cabeza, dió por resultado mi trabajo la siguiente leyenda, que someto, prudente lector, á tu sano juicio.

INTRODUCCION.

Contaría yo unos diez años cuando cierta mañana hallándome agradablemente entretenido en la lectura de sucesos maravillosos entró mi abuelo en el cuarto á interrumpir con su presencia la profunda distracción que me absorbía. Y pude darme por contento que no fuese otro individuo de la familia quien viniese á sorprenderme en aquella ocupación, pues para entregarme á ella no tuve remordimiento en arrimar á un lado el Diccionario de Valbuena

que tendido sobre su ancho lomo y abierto cuanto era posible, parecía protestar con voces mudas y lastimoso ademán, contra la marcada preferencia concedida á las historias orientales en perjuicio de la traducción latina que ya debiera tener concluida. Pero mi respetable abuelo, oficial retirado de guardias valonas, hacia largo tiempo que en materia de libros, esceptuando los pertenecientes al dogma, solo tributaba una especie de culto religioso á las Reales Ordenanzas, considerando á los otros, y especialmente á los escritos en el idioma de Horacio, cuando más recomendables algunos como archivos de altos hechos de grandes capitanes ó modelos del buen decir, indispensable en un cortés caballero. Animado con tales disposiciones y siempre propicio el buen señor á favorecerme en cuantos lances se ofrecía, consideró aquella falta como muy natural y disculpable, en términos, que acercándose á mi afectando una gravedad en que lo amenazante dejaba traslucir lo satisfecho, dióme un ligero sosquin en el colodrillo con mas aire de caricia que rigores de castigo, y con voz campanuda á fuer de fingida para ocultar el interior regocijo:

—¡Holgazan! me dijo ¿acostumbras á sacar la composición de este modo? Buena suerte has tenido en que no sea tu padre quien haya llegado, pues te aseguro no acudiría yo ha evitarte sufrieses el justo castigo debido á tu pereza. ¡Y sepamos la causa que así te aparta del estudio! Sin duda será alguna de esas novelas, *non plus ultra* de la simpleza, donde abundan los subterráneos, esqueletos, doncellas perseguidas, y cuantos disparates se les antoja delirar á esos imitadores de la estravagante miss Ana Radcliffe. Ya que tan ducho dicen que eres en el latín, leyeras en buen hora el *Tito Livio* ó los *Comentarios de César* y entonces nada habria que reprenderte.

—Pues abuelito, una historia de guerras es lo que me ha entretenido.

—Sí, puede que sean las coplas de Carlo-Magno ó las *Guerras civiles de Granada* de Perez de Hita.

Cogíome entonces el libro que tenía en las manos, y nunca podré olvidar la mutación dolorosa que sufrió su venerable semblante al registrar la primer página. Una palidez mortal se extendió por todo él; sus labios antes casi risueños, se fruncieron, no sé si impulsados por el sentimiento ó la cólera, y sus ojos se tornaron encendidos procurando cerrar el paso á las lágrimas que á ellos se agolpaban y que juzgaba vergonzoso derramar ante mí.

—Hijo querido, dijo al fin poniendo el volumen sobre la mesa, estás leyendo una historia bien desgraciada, pero cuyo fondo no puedes comprender; tal vez llegará día en que yo te dé testimonio como testigo presencial de la grandeza de alma y virtudes del monarca insigne, objeto de ese libro, para que tributes á su memoria el respeto y veneración debidos á un héroe infortunado.

Dicho esto, salió del cuarto encerrándose en su aposento. Llegó la hora de comer sin que mi abuelo pareciese. Se le avisó que la mesa estaba servida, y alegando una leve indisposición previno comiésemos sin él. Entonces fué mi padre á enterarse de la salud del suyo y volvió á poco confuso y pensativo preguntando si acaso había sufrido el anciano algun disgusto inesperado, pues mas parecía agobiado por la pena que por la falta de salud. Sin tardanza confesé ingenuamente cuanto había acaecido con el malaventurado libro, que se me ordenó trajese para ser examinado, y tomándole mi padre no tuvo necesidad mas que de leer en la portada: *Memorias de Tippoo-Saib*, para arrojarle con despecho exclamando:

—Nada tiene de extraño se haya disgustado tan al extremo. ¡Pobre señor, recordarle de improviso la horrible catástrofe donde perecieron todas las afecciones de su juventud! —Y dirigiéndose á mi con aire severo—Cuidado, niño, dijo, con que otra vez vuelvas á tomar de la biblioteca ni siquiera un papel sin que yo te lo permita. —Muchacha, prosiguió llamando á la criada, antes que llegue la noche has de quemar ese libro en el fogón, sin que de él queden ni aun pavesas; es bien inocente por sí mismo para sufrir tanto castigo, mas no quiero esponerme conservándole á otro lance de mayores consecuencias.

A duras penas lograba dominar la impaciencia que me consumía por averiguar que relacion pudiera encontrarse entre las desgracias del sultan indiano y la sensibilidad de mi abuelo, que tan al extremo se afectaba con su recuerdo. Por fin concluyó la comida, mas larga en mi concepto que de costumbre, y pude acercarme á mi buena madre y preguntarla:

—¿Por qué el nombre de Tippoo-Saib causa tanto sentimiento á mi abuelo?

—Porque fué un rey moro muy amigo suyo, me contestó acelerada; calla, hijo mío, y no le cites nunca.

Y callé con efecto ahogando mi curiosidad por largos años, hasta el punto de olvidar casi completamente la ocurrencia referida.

Pero al cabo de este tiempo murió mi abuelo, y al hacer inventario de sus escasos bienes, hallóse entre ellos un pliego cerrado con sobre para mí, bajo el cual hallé la narración siguiente.

HISTORIA DE MEDIA EXISTENCIA

ESCRITA AL FINALIZAR LA OTRA MITAD.

UN CORDERO CONVERTIDO EN LOBO A PESAR SUYO.

Voy á satisfacer, amado nieto, una deuda que contraí contigo cuando aun no habías salido de la niñez. Calculando no podría tardar en ser llamado á dar el finiquito de mis muchos años, he dilatado la paga hasta mas allá del sepulcro, careciendo de valor para referir sucesos que aun escritos debes considerar he sentido honda pena al recordarlos. Recibe su relacion cual prueba de mi cariño y consérvala cuidadoso como única memoria que puedo legarte.

No siempre he tenido la cabeza calva ni los bigotes á semejanza de dos copos de algodón cardado: en mi primera juventud era un mozo rubio y defrescas mejillas, walsador infatigable y como hecho de encargo para dirigir una contradanza. Ya sabes que nuestra familia, procedente de las provincias alsacianas, que en el día forman los departamentos del Alto y Bajo Rhin, vino á establecerse en España á principios del siglo anterior dedicándose al comercio, á cuya profesion honrada y lucrativa fui destinado. Para colocarme en aptitud de desempeñar con acierto el cargo que al parecer debía ocupar en adelante, hice con aprovechamiento los estudios necesarios; llegaron á serme familiares los idiomas extranjeros, y destinando los ratos de ocio á cultivar algunos conocimientos de adorno, conseguí ser tenido por un jóven aventajado, ante el cual se abrían las puertas de las mejores casas, merced á mi agradable trato é igualdad de carácter. Entre las que frecuentaba con mayor intimidad se contaba la de un rico mayorazgo estremeño,

viudo con dos hijas solteras ya talludas, si bien todavia de arrogante perspectiva, cabos negros, aire de taco y muy amigas de ser galanteadas, mas por cobrar fama de requetidas que por verdadera disposicion á devaneos amorosos.

Aunque la primogénita pasaria de los treinta, era de ver cual me pavoneaba henchido de vanidad cuando doña Catalina (con este nombre se la conocia) alentaba mi timidez admitiéndome por su caballero en el paseo, su pareja en el baile, ó si la fortuna se mostraba ingrata, depositando en poder mio el abanico y pañuelo, interin ella danzaba en brazos de algun amador mas en sazón para su deseo.

Cierta noche de memoria infausta, celebraba sarao el padre de las niñas con motivo del cumpleaños de la mayor. Presentéme temprano á fin de que aun no hubiese mucha concurrencia, provisto de un escrito que yo llamaba composición poética, fruto de los desvelos de unos cuantos dias, dedicada á la señora de mis pensamientos. Era inocente hasta el extremo de causar compasion solo el mirarla. Las primeras letras de los versos de una octava que servia de encabezamiento, formaban el nombre de la dama, y ocho estrofas del mismo género que la mencionada, la iban glosando con mas paciencia que buena suerte: nada faltaba para su esplendor; letras de colores, abundancia de mayúsculas rasgueadas con bizzarria, todo ello guarnecido con una orla de corazones encendidos atravesados por saetas, sujetos con cadenas y sostenidos por molletudos amorcillos. En resumen, hijo mío, sírvate mi ejemplo para evitar el ridiculo con que la sociedad recompensa á las almas leales que no saben prevenirse contra ella, sin faltar á la honradez, que nunca debemos perder de vista. ¡Ah! tenia yo entonces la sencillez de la paloma que aconseja el Evangelio; pronto debía adquirir la astucia de la serpiente que el Divino libro quiere tambien en el verdadero cristiano. ¡Dios me perdone el abuso que hice de la segunda cualidad!

Lleno de satisfaccion presenté mi obra á doña Catalina, acompañada de un ceremonioso cumplido: admitió la una y escuchó el otro sin fijar apenas la vista en mí: antes al contrario, llamando cerca de ella á una especie de perdonavidas de hercúleas proporciones, celebre por su carácter agresivo y colocándose á su lado con mas intimidad de la conveniente, malcontentiando una burlona sonrisa, puso en su poder aquel papel en que yo habia depositado las prinicias de mi pensamiento amoroso, diciéndole al mismo tiempo:

—Aprenda vd., señor Villaroca, aprenda vd. á ser lisonjero. ¡Pobre muchacho! Buena paciencia habrá necesitado para combinar tantas garambainas! Pero no debe ser obra suya: sin duda lo ha escrito el pasante de su escuela.

—Está bien, añadió el maton arrugando el papel entre sus manos y tirándolo á un lado hecho una pelota; á todo trabajo se le debe recompensa, é inmediatamente voy á darle á este mancebo la que merece.

Al decir esto se levantó, y cogiéndome del brazo me llevó sin resistencia hasta la puerta de la sala, y allí dándome un puntapié en el sitio donde las caderas mudan de nombre, pronunció entre zumbon y calmoso:

—Caballerito, por ahora he conducido á vd. hasta la puerta, si vuelve á presentarse en esta casa, prometo arrojarle por un balcon.

El asombro me tenia embargado desde un principio; las risas de los criados y concurrentes, testigos de mi afrenta, acabaron de desconcertarme; bajé la escalera y me encon-

tré en la calle sin poder formar juicio de cuanto había pasado.

Empecé á caminar sin direccion alguna, y el ligero vienteillo de la noche refrescando mi frente contribuyó á volverme el conocimiento: he dicho mal; no fué la razon quien recobró su imperio, fueron las malas pasiones, los gérmenes de ira, los instintos de sangre y destruccion, los que se apoderaron de mi ser abrasando mi espiritu tan ssegado hasta entonces, tan sometido á lo justo por el suave freno de una educacion cristiana. El insulto inmerecido de que habia sido victima me abrasaba el corazon: le llevaba escrito en el alma con caracteres de fuego mas terribles que el *Mané, Thecel, Phares* del festin de Baltasar; y una voz interior, eco sin duda del infierno, me dictaba sin tregua palabras de venganza que la voluntad acogia como únicas que debieran atenderse. — Eres un miserable deshonrado, zumbaba en mis oidos el genio del mal; el día de mañana has de sufrir el torpe escarnio de cuantos te conocen. ¿No escuchaste aquellas risas, no viste á los groseros lacayos hacerte el blanco de sus bestiales chanzas? Serás un vil, un cobarde menguado si con la impura sangre de tu ofensor no borras el padron de infamia donde tu vilipendio yace escrito, pues así tan solo podrás con usura recobrar el honor que ahora no tienes.

El mismo esceso de agitacion trajo consigo alguna calma. Determinado ya por la venganza faltaba únicamente tomarla tan cumplida cual mi deseo la creia necesaria. ¿Mas de qué manera obtenerla? Provocar á mi adversario hubiera sido añadir creces al ridiculo que me afrentaba. El era diestro espadachin, yo pacífico mercader; él turbulento y pendenciero, yo nunca tuve que arrostrar sino las reprensiones maternas; él fuerte, yo delicado: él por último se hallaba en la robusta virilidad cuando yo apenas rayaba en la primera juventud. Orlando y Medoro no hubieran ofrecido mayor contraste. Pero sigue leyendo y verás cual ayudó el Averno á mis perversas intenciones.

A nadie referí lo acontocado; abandoné el trato de gentes temiendo leyese en mi rostro la humillacion que amargaba mi existencia, y desde el día siguiente tomé lecciones del maestro de armas reconocido en la corte como sin igual en destreza. Tres años llevaba de incesante práctica, y si bien pasaba como el primero entre sus discípulos, aun recelaba de mi habilidad para llevar á buen remate el objeto de mis constantes fatigas. No sé cuanto tiempo hubiera tardado en decidirme, mas llegó de improviso á mi noticia que dentro de pocos días debía doña Catalina celebrar sus bodas con el señor Villaroca, en casa del padre de aquella, desplegando gran ostentacion y aparato. Pareciéndome la ocasion á propósito, enteré del caso á los dos condiscipulos con quienes mas afinidad tenia, y convenidos en todo nos dirigimos al sitio fatal donde perdí la dichosa tranquilidad de mi vida en busca de los amargos frutos que la venganza siempre ha producido.

Llegamos hasta la sala donde la fiesta se celebraba, sin que ningun obstáculo se nos opusiese, ó bien porque la confusion natural aliojaba la vigilancia de los criados ó quizá porque habiendo yo sido en otro tiempo tratado con mucho afecto por la familia, ignoraban si acaso con motivo de tan plausible suceso habria vuelto á reanudar las amistades.

En aquel momento se hallaba el sarao en su mayor brillantez: por todas partes circulaban camareros con cestitas llenas de dulces y salviolas y marcerinas cargadas de rico chocolate y helados de todas clases. La recién casada pre-

sidia el estrado donde las señoras ostentaban sus gracias separadas de los caballeros, escepto Villaroca que al lado de doña Catalina hacia los honores del festejo. Tomé un sorbete de los muchos que pasaban por delante de mí, y con resuelta serenidad me acerqué al desposado y tocándole en el hombro le dije al encararse conmigo:

— Caballero; hace tiempo ofrecí vd. echarme por un balcón si volvía á pisar estos umbrales; tengo curiosidad de saber cuál desempeña sus compromisos, y he venido, aunque tarde, á ponerme á su disposicion; mas como pudiera sofocarse en el lance, si le coge desprevenido, quiero tambien evitar este accidente refrescándole antes el rostro.

Y acompañando la accion á la palabra le arrojé á la cara el vaso y su contenido, que vino hecho pedazos á manchar las galas de doña Catalina.

El silencio profundo que por un momento cundió por todas partes á vista de tan inesperado insulto, fué muy luego reemplazado por la confusion y tumulto consiguientes; no faltaron algunos que, arrastrados por el fascinamiento que lleva en pos de sí toda accion atrevida, y sabiendo los motivos de resentimiento que debian animarme contra Villaroca, se colocasen á mi lado; todo era gritos y pareceres encontrados, y en tanto, yo, con un aplomo que no creia haber adquirido, me felicitaba de mi obra esperando tranquilo sus consecuencias, que no podian menos de ser fatales. Por último terciaron mis dos compañeros, y concertado un desafio para el amanecer del día siguiente á espaldas de la Plaza de Toros, abandonamos aquella casa á merced de la incertidumbre y desconsuelo que dejábamos sembrado en ella en vez del regocijo y alegría que reinaban á nuestra llegada.

Acudimos puntualmente al sitio convenido, y debo confesar que mi adversario y sus dos testigos nos esperaban hacia rato.

Reconocidas las armas y puestos en guardia, comenzó el duelo Villaroca, tirándome con gran maestria dos ó tres golpes que yo paré con prontitud, seguidos de una estocada, tendiéndose á fondo con tal empuje, que á no haber acudido á separarme con increíble ligereza, allí hubieran acabado en un punto el combate y mi vida. Pero ya no era el mozo inesperto á quien se podia maltratar impunemente: reconociendo la destreza del contrario que tenia delante, reuni toda la energia y agilidad que me fué posible, y le tiré sin interrupcion cinco golpes, que él paró sorprendido de semejante granizada: á esta acometida siguió un sexto golpe de primera, compuesto de un ataque falso, una parada y otro ataque vigoroso, que no tuvo tiempo de parar Villaroca antes de que mi espada se hundiese en su pecho hasta la guarnicion. Un instante permaneció en pie todavia; quiso hablar y solo pudo lanzar algunos gemidos; abrió los brazos, y dando una vuelta sobre sí mismo dobló las rodillas y cayó en un charco de sangre con el rostro pegado á la tierra.

Durante el curso de una existencia llena de azares, he mirado frente á frente y sin pestañear á la muerte, bajo los aspectos mas horribles de que puede revestirse: he visto á los elementos desencadenados bramando á mi alrededor sin tener mas que algun endebles y rajado madero como prenda de salvacion: en repetidos lances el fuego del enemigo empujaba de balas y metralla el terreno que debia atravesar para poner mi pecho al alcance de las mortíferas bayonetas, y ocasion hubo, despues de haber caido cubierto de heridas bajo los afilados sables de los jinetes enemigos, en que me tuve por feliz en poder desembarazar-

me de los cadáveres que me abrumaban, para ir debilitado donde la Providencia fuese servida proporcionarme algún auxilio; pero en ningún acontecimiento me sentí desfallecer como después de la victoria criminal que debiera dejar satisfecha la sed de venganza que me aquejaba. Y era que al presente la causa era liviana, el pundonor falso y criminal, y la razón sublevada clamaba contra el homicida que por tan ridículo motivo había derramado la sangre de su hermano, al paso que en adelante, siempre defensor de la justicia, autorizaba la conciencia los golpes que descargaba el brazo, viviendo entrambos con el corazón en amigable consorcio.

Apresurémonos á correr un velo fúnebre sobre tan desgarradora escena, torcedor y martirio de mi vida.

Dejamos al infeliz Villaroca confiado á sus dos amigos, y yo fui conducido por los míos hasta cierta casa cercana, donde después de haberme repuesto algún tanto, monté en un caballo que se hallaba prevenido y caminé casi sin tomar respiro hasta llegar á Gibraltar, donde me resolví esperar los acontecimientos y escribir á mis padres todo lo sucedido, que ignoraban por completo, implorando al mismo tiempo su perdón, que me concedieron bondadosos, acompañado de los suficientes recursos para sobrellevar el destierro.

CONTRATIEMPOS EN MAR Y TIERRA.

Un desafío en los últimos años del siglo anterior era siempre asunto muy grave y de funestos resultados; la ley castigaba á los en el comprometidos de una manera dura é inexorable, sin escepcion de clases ni personas; así que á poco tiempo de hallarme fugitivo en la colonia británica, tuve noticias ciertas de haber sido condenado á muerte en rebeldía, quedando por consecuencia imposibilitado de pisar en adelante los dominios españoles.

El deseo de mejorar mi causa había envuelto á nuestra familia en gastos superiores á lo que su caudal permitía. Desvanecida la esperanza de resarcirla no quise continuar siendo gravoso para ella: la dirigí un adiós eterno, y me acomodé con el destino de sobrecargo (1) en una fragata mercante que se hacía á la vela para la costa de Comandel.

Nada ocurrió en el viaje que merezca contarse, si se exceptúan las incomodidades propias de una larga navegación, tan molestas á los que la emprenden la vez primera, y surcábamos el mar de las Indias, cifrando en el buen pasaje no interrumpido, la confianza de arribar pronto al anhelado puerto de Madrás, cuando un suceso inesperado vino á cortar en flor nuestros proyectos y deseos.

Queriendo el capitán abreviar la travesía, navegaba tan próximo á tierra, que no dejó de poner en cuidado á varios pasajeros prácticos en aquellos mares, advirtiéndole sería muy fácil, si no enmendaba su derrotero, que fuésemos á estrellarnos en los muchos arrecifes ocultos en la costa, ó á encallar en algún banco de arena de los que á flor de agua unas veces, otras al descubierto, obligan al vigilante piloto á no dejar la sonda de la mano en las aguas, que á la sazón surcábamos con seguro descuido. Pero tan prudentes razones solo fueron buenas para aferrar al desatinado marino en su desgraciada manía, tratando á los que se las dieron de gentes pusilánimes é incapaces de di-

rigirle observaciones, y prescribiendo al piloto continuase gobernando el rumbo como hasta allí, sin cuidarse de necias alharacas. Pronto debía sufrir el castigo de su tenacidad, y nosotros ver nuestra vida á punto de perderse con todo el cargamento.

La fragata encalló á unas sesenta millas de Godelour, suceso que exaltó extraordinariamente la cólera de los que le habían vaticinado. El capitán quiso con su actividad remediar el daño, y puede asegurarse que la desplegó estremada; todos secundamos sus intenciones acudiendo á la maniobra con valor; pero las fuerzas humanas eran impotentes para desencallar el buque: en vano luchábamos contra los vientos que impedían el trabajo de las lanchas, y contra la rapidez de las corrientes que estorbaban establecer las anclas de manera que se pudiera por su medio traer la fragata sobre los costados del banco, donde hubiera flotado de nuevo. Al cabo de un día de incesante trabajo y esperanzas defraudadas, en que se intentaron cuantas pruebas puede sugerir el deseo de salvar la existencia, obligó el estremado cansancio á dar treguas á la fatiga. Durante la noche refrescó un poco el viento, y las oscilaciones del mar contrariadas por la dirección de las corrientes, formaban enormes olas que rodeaban el banco amenazando sumergirlo todo. La fragata continuaba inmóvil en un sitio elevado contra el cual venían las aguas á estrellarse, y rasando la cubierta del buque empapaban á los marineros obligándoles á cada instante á suspender los trabajos para asirse de un palo, un cabo ó de lo primero que hallaban á mano para no ser arrebatados al mar.

En medio de las tinieblas se abrió la embarcación, viniendo aquella triste ocurrencia á demostrar la inutilidad de cuantos esfuerzos se empleasen para sacar á flote la fragata, y la necesidad de ocuparse en salvar la tripulación y pasajeros que se encontraban á bordo.

Entonces comenzó un episodio de ferocidad salvaje, que dudo haya jamás ocurrido entre los caníbales mas embrutecidos. Las chalupas no fueron suficientes para contener á los que trataban de guarecerse en ellas; los débiles eran rechazados por los mas robustos, que á su vez caían lanzados al agua ó perecían á golpes de hacha ó de machete agarrados á las bordas de las embarcaciones menores de que los audaces se habían apoderado. Roto el freno de la obediencia, quedó la autoridad escarnecida, las tímidas mujeres insultadas y la desamparada niñez sin otro refugio que la medio anegada fragata, que por momentos esperaban se convirtiese en atahud, mientras las barcas fluctuaban á merced de las olas, abrumadas con la mucha gente que las llenaba, poniéndolas en riesgo de zozobrar, y empujándolas la fuerza del Noroeste hacia las islas de Andaman.

Amaneció por fin el nuevo día para iluminar con su luz nuestra terrible situación: solo habíamos conseguido hacer mas angustiosa la muerte los que pudimos alejarnos del buque: la precipitación, el desorden, fueron causa de que nadie pensase en impedir se anegasen las provisiones necesarias, y el hambre y la sed empezaron á dejarse sentir.

—Sortearemos la vida, gritó un marinero, y el que le toque la suerte alimentará á los restantes.

—El mas cobarde es el que debe morir, exclamó otro; yo proporcionaré carne con abundancia cuando haya necesidad. ¡Ojalá pudiera igualmente proporcionar medios de condimentarla!

(1) El empleado que en los buques de comercio lleva á su cuidado las mercaderías ó efectos que forman su cargamento.

—No, no, eso es injusto, prurumpieron algunos.

—Pues no se ha de hacer de otro modo, continuó el primero empuñando un hacha de abordaje.

Y con esto volvieron á relucir los cuchillos, y el espanto y la confusion á enseñorearse de aquel estrecho recinto. Preparábase una lucha desesperada en que ningun golpe sería perdido, cuando se oyó la voz clara y vibrante de un grumete dominar el tumulto, anunciando:

—¡Vela á estribor!

Bajáronse todas las armas; en los semblantes, descompuestos por la ira, se retrató de improviso la ansiedad, la angustia, el desconsuelo; todos fijaron la vista en el punto del horizonte indicado por el muchacho, y efectivamente, una vela se descubría á larga distancia: era menester llamar la atención sobre nosotros, y por cierto que, ya con la voz, ya despojándonos de nuestras camisas y agitándolas en el aire, lo hicimos á maravilla. A poco rato un ligero relámpago, seguido de una espesa nubecilla, precedieron á la detonacion del cañonazo, que anunció habíamos sido descubiertos por un navio de la marina real inglesa, que algunos momentos despues se ofreció á nuestra vista gobernando para socorrernos. Allí fué de ver la loca alegría que se apoderó de los mas desesperados anteriormente: los abrazos mútuos, las disculpas reciprocas solo llegaron á cabo cuando el buque salvador nos presentó su escala para subir al puente, donde fuimos recogidos, para desembarcar en Pondichery con las mercaderías y efectos que se pudieron salvar de la fragata.

Héme al fin en la metrópoli indiana de los establecimientos franceses, arrebatada por la eterna rival de Francia, la Inglaterra, desde 1778, en cuyo poder continuaba actualmente á pesar de las victorias navales del bailio Suffren y la inteligente intrepidez del marqués de Bussy, unidas al genio de Haider Ali-Kan, soberano con título de regente del Maissur y del Canara, enemigo jurado de los invasores británicos, con quienes sostenia hacia largos años guerra sin tregua, con mas sucesos prósperos que adversa fortuna, auxiliado en gran manera por muchos valientes aventureros que al desaparecer la bandera blanca de los muros de Pondichery, buscaron al lado del jefe musulman refugio y ocasion de satisfacer el odio que les animaba contra los enemigos de su patria.

De mis compañeros de naufragio unos continuaron á Madrás su viaje interrumpido, otros habian hallado colocacion en las posesiones de la Compañía de Indias, gracias al apoyo de sus compatriotas: únicamente yo, perdido el buque de que dependia, y sin relaciones ni fortuna, vagaba indeciso sin saber qué destino dar á mi persona. Entre los pocos sugetos con quienes habia contraído relaciones amistosas, se contaban dos franceses jóvenes, á quienes me unieron desde luego lazos de simpatia, originados de la completa identidad que mediaba entre nuestra situacion respectiva. No es del caso referir cómo encontraron ellos medio de recomendarse á varios europeos que servian en las tropas de Haider Ali, basta saber que me propusieron acompañarlos, y que yo acepté gustoso, no hallando medio mejor de conjurar la suerte precaria que amenazaba envolverme pronto. Añadi, pues, los frágiles restos del caudal salvado del naufragio á los fondos de mis compañeros, y reuniendo lo suficiente á proporcionarnos dos camellos, armas, vituallas y reservar alguna cantidad para gastos eventuales, nos pusimos en camino mas alegres y esperanzados que cómodos y bien provistos.

Las circunstancias eran á propósito para fomentar nues-

SEGUNDA SERIE.—1865.

tras intenciones marciales. Una poderosa confederacion dirigida por el implacable Haider Ali, compuesta de los belicosos máratas, el subá de Decan y el rajá de Berar (1), se habia organizado para destruir el poder británico en el Indostan. Las desgracias de los franceses privaron por este tiempo á Haider de su mas poderoso apoyo, porque él no se hacia ilusiones lisonjeras en cuanto á la incertidumbre de sus alianzas indias.

En efecto, los consejos de Madrás y Calcuta desesperando de vencer á la coalicion, se dedicaron á debilitarla con intrigas. Los máratas, siempre codiciosos, no supieron resistir á la corrupcion; el subá de Decan, envidioso de Haider Ali, y temiendo su engrandecimiento, fué fácil de seducir; los rajaes seguian con desconfianza al jefe de los musulmanes, de modo que abandonado éste de sus aliados, no tardó en verse obligado á combatir con sus solos recursos. Pero cuando la compañía británica contando con la eficacia de sus intrigas no se cuidaba de un enemigo á quien juzgaba vencido, el ejército del Maissur apareció de repente en el Carnatic, asolándolo todo á su paso. Dos veces fueron batidos los ingleses delante de Arcate, y á los pocos dias de sitio cayó aquella capital en poder del regente, cuando nosotros llegábamos á sus inmediaciones.

Satisfechos por un resultado que nos ahorra la mitad del viaje, y convidados por la suave frescura del espeso bosque de palmeras, ananas y pimentales que atravesábamos, determinamos hacer parada y tomar algun refrigerio á cubierto de la fuerza del sol, que á la sazón abrasaba la tierra de un modo imponderable, una vez que sin molestia podríamos llegar á la ciudad antes de la noche.

Rato hacia que sesteábamos en aquel delicioso vergel, cuando unos alharidos lamentables como lanzados en el aire sobre nuestras cabezas, vinieron á interrumpir la dulce calma que nos embargaba. Apartamos la enramada saliendo á sitio mas despejado, con objeto de averiguar el origen del triste concierto de voces diferentes que continuaba poniéndonos en alarma, y nada conseguimos descubrir tampoco, por lo cual tratando estábamos de acallar nuestra curiosidad marchando á otra parte donde sin inquietud pudiésemos tomar descanso, cuando vimos á un indio venir corriendo cargado con una vasija llena de arroz cocido, depositarla al pié de un árbol frondosísimo y desaparecer con la misma presteza. Entonces cesaron los gemidos: pasó corto rato, y presenciámos con asombro ocultos en la espesura, descolgarse del árbol un hombre de trazas miserable, luego una especie de mujer, que solo por la forma de algunos girones de tela se conocia que lo era, y en seguida hasta media docena de chiquillos de diferentes sexos y edades, abalanzarse todos al arroz con ánsia famélica y engullirle á puñados, mirando siempre á su alrededor llenos de azoramiento. Y aun no bastó vigilancia tan esquisita para prevenir la llegada de un nuevo actor que apareció en escena, pues debió cogerles de improviso segun el aturdimiento que les infundió su presencia. El regalado festin, próximo á su conclusion, fué abandonado inmediatamente, sin atender á otra cosa los infelices convidados que no fuese arrastrarse humildes ante el recién venido, implorando al

(1) Dábase el título de *nacim* ó *subá*, á los víreys dependientes más ó ménos indirectamente del Gran Mogol; *rajás* eran los príncipes indios, y *nababes* los jefes musulmanes. El Decan era un estenso territorio de la India, y los máratas varios pueblos montañeses del mismo país, que vivian sin reconocer vasallaje alguno, gracias á su espíritu guerrero.

parecer su misericordia con los mismos ayes y desapacibles aullidos que poco antes nos habían espantado. El causador de tanto sobresalto era un indiano de grotesco ademan á fuerza de querer parecer grave, de una demacración repugnante, labios gruesos, rostro chato, pómulos salientes y color aceitunado: por una cuerda de algodón que le cruzaba desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda, conoció uno de mis compañeros que pertenecía á la privilegiada casta de los brahmanes ó sacerdotes. Apartó la vista con horror de la miserable familia prosternada ante él, y alejándose algun tanto, comenzó á lanzar exclamaciones en lenguaje incomprensible para nosotros, en dirección á los cuatro puntos cardinales, hasta que acudieron una porción de *ryots* ó aldeanos, que despues de recibir sus órdenes con respeto, maniataron á los desgraciados del árbol sin moverse á lástima por sus angustiosas demostraciones, atendiendo solo á retirarse apenas concluida su tarea, como estremecidos de haberlos tocado. Pero aquel desman solo era preludio de mas horrible proceder. Uno de los indios escitado por el sacerdote, sacó de la cintura un puñal malayo, dirigióse con serenidad impia al infeliz aherrojado, y clavándosele en el corazon se dispuso á sacrificar de igual manera á su mujer é hijos, que, trémulos de pavor, esperaban el golpe de la cuchilla fatal. En tanto, nosotros, ¿hubiéramos debido permanecer testigos indiferentes de tan criminal escena? No fué posible.

Animados por un mismo sentimiento, nos arrojamos sobre en mano sobre la turba de viles esclavos, derribando de un golpe al fanático brahman y poniendo en libertad á sus victimas, que, unidos á sus verdugos, desaparecieron lanzándonos piedras y maldiciones. No tardaron en presentarse de nuevo, acompañados de cuantos en la comarca hubo capaces de empuñar un arma en nuestro daño, poseidos de rabia al saber nuestra conducta, y ansiando apoderarse de los sacrilegos europeos, con objeto de sacrificar sus vidas en justo desagravio de la horrible Trimurti indiana (1). Casi de repente nos vimos rodeados de un ancho círculo de furiosos, aullando como bestias salvajes, agitando en el aire sus sables y lanzas, gesticulando espantosamente y estrechando el espacio que los separaba de nosotros, aunque siempre mantenidos á respetuosa distancia por temor á las carabinas de que nos veían dispuestos á echar mano para contener su fanatismo religioso. Sin duda alguna hubiéramos conseguido abrirnos camino á través de la canalla á pesar de su excesivo número, si una partida de soldados afganes, atraída por el tumulto, no hubiera con su llegada dejándonos sin mas alternativa que ser muertos ó conducidos á la ciudad para sufrir el castigo reclamado por nuestro delito. Bien sabíamos que ambos extremos debían diferenciarse poco, mas el ultimo ofrecía alguna esperanza, y por él debimos optar.

Así penetramos custodiados á manera de salteadores en la capital del Carnatic, adonde caminábamos en busca de suerte y fama, harto distinta de la que nos estaba parada.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el número inmediato.)

(1) Brahma, Vishnou y Siva; trinidad por medio de la cual ejecuta sus obras *Para-Brahma*, ser supremo eternamente inmóvil, segun la doctrina de los brahmanes, que reina en todo el Indostan.

UNA ESCURSION A LA FERTÉ-MILON.

De Villers-Cotterets á la Ferté-Milon.—Recuerdos de Racine.—Una estatua de David.—Como se interpreta la historia.—Un elogio poético.—Casas de Racine.—Castillo de la Ferté-Milon.—San Vulgis.—Enrique IV y Biron.

I.

En uno de los últimos dias del mes de noviembre, llegué á Villers-Cotterets, sobre las seis de la mañana, pasando desdenosamente delante de muchos pequeños carruajes pintados de amarillo, cuyos conductores rodeándome me hicieron las proposiciones mas seductoras que yo rehusé examinándome resueltamente á pié hacia la Ferté-Milon donde mi afición á los recuerdos históricos me llevaba, y mas que nada la memoria del inmortal poeta Racine.

El frio era intenso, y hacia como vulgarmente se dice, que postillones y viajeros se soplasen los dedos; los caballos despedían por sus anchas y dilatadas narices con abundancia espesas columnas de baho.

Mi marcha era rápida, y pronto olvidé las incomodidades de una noche de camino en un wagon.

El crepúsculo matutino esparcía en la atmósfera una luz tenue y suave; una espesa niebla al principio que con los primeros rayos del sol se fué disipando, dejaba adivinar el pálido azul del cielo empañado por los densos vapores que lentamente se desprendían del vecino valle de Oureq.

Los pájaros hacían oír sus graciosos gorgeos posados en las desnudas ramas de los árboles, sobre la yerba ostentaba sus líquidas perlas el rocío de la mañana.

Nada de esto hubiera impresionado á un hombre acostumbrado á la vida del campo, pero mi sencillez parisiense no cesaba un momento de admirar el sol, los prados, los bosques y las chozas y pequeñas casas de que el horizonte que descubría estaba sembrado, en fin, olvidándome completamente del frio de la mañana, me vi arrebatado por el cuadro encantador que me presentaba la naturaleza.

Bajo esta impresion y despues de atravesar el bosque de Villers-Cotterets y de haber espantado á pedradas una bandada de cuervos, hice mi entrada en la patria de Racine.

No sé si la Ferté-Milon es poética por sí misma ó por los recuerdos que encierra, difícilmente se puede separar lo uno de lo otro, pero el primer golpe de vista me encantó por su graciosa á la par que elegante melancolía.

Un antiguo castillo feudal edificado en una pequeña colina, con sus obras de defensa perfectamente conservadas; la iglesia de Nuestra Señora, construida en la vertiente con su esbelto y elegante campanario; varias calles en declive, con sencillas y elegantes casas y un paseo en el medio; constituyen la vista panorámica de la Ferté-Milon, digna del pincel de Wauloo.

La memoria de Racine, memoria piadosa y poéticamente conservada, está viva en todas partes.

Los habitantes de la Ferté-Milon, conservan con un religioso entusiasmo los recuerdos del ilustre trágico; han perpetuado entre sus hijos la memoria, y cada mueble,